

MADRE DEL AMOR, MADRE DEL DOLOR

Ambientación

María, la Virgen Madre de Dios, aunque es una figura que no aparece excesivamente en el relato evangélico, tiene la virtud de hacerse siempre presente en los momentos más significativos de la vida de Cristo.

Se hace presente en Belén, en el nacimiento, en la Navidad de Jesús. Y es que, hasta hace bien poco, si una persona no podía faltar en el nacimiento de una nueva vida, esa persona era justamente la *madre*.

Se hace presente, como *madre y educadora* en la infancia y adolescencia de su hijo. Ella, *conservando* –como dice el Evangelio– *todo lo que sucedía en su corazón*, supo acompañar *cordialmente* a su hijo en la irrepetible aventura de su proceso de maduración.

Se hace presente, como *presentadora de su hijo en sociedad*, en las *Bodas de Caná*, cuando con el *Haced lo que Él os diga*, nos da a todos un curso completo de *espiritualidad* y nos muestra, al mismo tiempo, un camino que conduce a las más puras raíces del *sentimiento humano*.

Se hace presente también –como garante de ese *amor siempre fiel y a la medida* que toda madre y todo padre de verdad sienten por el hijo– cuando los que le seguían empiezan a considerarlo un loco.

Y se hace presente –y de modo particular– cuando empieza el momento de la verdad y cuando poco a poco los apóstoles –empezando por los que prometían más fidelidad– van dejando a Jesús “*solo ante el peligro*”. Entonces, ella se hace la encontradiza en la Calle de la Amargura; se mantiene de pie junto a la Cruz; desborda

ternura, se torna de nuevo *regazo* y se hace *Piedad* en el descendimiento, y mantiene viva la esperanza de la resurrección en la sepultura. De hecho, cuatro de los siete dolores de María, tienen como escenario los acontecimientos de la *Pasión y Muerte* de Cristo que, un año más, nos encontramos cercanos a celebrar en medio del fervor y en medio –por qué no– del arte popular en nuestra Semana Santa Torrentina.

La presencia de la Virgen en nuestra Semana Santa

Y hablando de la Semana Santa Torrentina hay que recordar –pues no cabe duda de que todos los que me estáis escuchando lo conocéis mejor que yo– que en sus primeras raíces, allá por el siglo XVI, se encontraba también presente la Virgen.

Es ya significativo que todo empezase, seis años antes de que se estableciesen en este pueblo los *Alcantarinos*, en una de las Ermitas del pueblo, en la Ermita que según la tradición quisieron dedicar los frailes-guerreros que aquí se asentaron a la Virgen bajo la advocación –típicamente originaria de Jerusalén– *de Nuestra Señora de Monte Sión*. En esta Ermita se firmaron el 25 de marzo de 1591 –fiesta de la Encarnación– los *Estatutos de la Cofradía de la Virgen de la Soledad*, la primera cofradía que, según noticias ciertas, desfiló procesionalmente durante la Semana Santa –y más en concreto, durante el Viernes Santo– por las calles de esta Ciudad. La Virgen se hacía presente entonces, como se continua haciendo presente hoy en la gran procesión del Viernes Santo, cerrando el cortejo. La única diferencia es que entonces sólo iba precedida de una *Cruz de madera*, completamente desnuda y del *Cristo Crucificado*, mientras que hoy la preceden 15 *Hermandades* –incluida la suya propia, aunque no incluidas aún la del *Lavatorio de los pies*, la de *Jesús ante el Sanedrín* y

la de la *Crucifixión*, de reciente fundación– y 17 *Pasos* procesionales, que pronto serán también más.

Virgen de la Soledad – Virgen de los Dolores

La devoción –hondamente sentida por todo el pueblo valenciano– a la *Virgen Dolorosa* alcanza su verdadero vigor a raíz de la celebración del Concilio de Trento –en 1563– y a raíz del movimiento penitencial que de él se derivó y que dio, como uno de sus resultados a nivel de piedad popular, un proliferar de *cofradías penitenciales*. De hecho la primitiva *Cofradía torrentina de la Virgen de la Soledad* –a la que arriba se ha hecho mención– era una cofradía típicamente penitencial como denota el hecho de que la procesión –también antes descrita– del Viernes Santo se denominara *Proffessó de disciplinats*, ya que en ella desfilaba gente flagelándose con pequeños látigos.

En la contemplación del dolor de la Virgen el momento que llamaba particularmente la atención en aquella época era precisamente, el que se recuerda en el dolor *séptimo*, el de *La Soledad*. Y todo tenía su lógica. La Virgen que desfilaba el *Viernes Santo* era una Virgen que acababa de perder a su hijo y quedaba terriblemente sola, como terriblemente sola quedan las *madres y los padres* que lo son de verdad, cuando pierden trágica e inesperadamente un hijo en la plenitud de la vida.

Con la llegada de los Terciarios Capuchinos al Convent en 1889 –en el mismo año en que habían sido fundados por el padre Luis Amigó– la advocación de la *Virgen de la Soledad* tendió a irse cambiando, dada la influencia cultural de los nuevos habitantes del antiguo *Monte-Sión*, que tenían como patrona a *la Virgen de los*

Dolores, por esta advocación mariana que hace referencia a la misma dimensión de *Dolorosa* que también se resaltaba en la primitiva *Soledad*.

De hecho, cuando después de largo tiempo sin existir en el pueblo *cofradías* –pues la antigua de la *Virgen de la Soledad* debió desaparecer en el siglo XVII– se volvió a retomar la tradición, creando las actualmente conocidas *Hermandades*, apareció, fundada en 1928, y con sede en Monte-Sión, la ya denominada de *Nuestra Señora de los Dolores, els Morats*, como popularmente fueron conocidos desde un primer momento. Otra vez, y este es *el elemento* que quería resaltar, la *Virgen se hizo presente* desde el primer momento en un nuevo nacimiento de la *Semana Santa Torrentina*, o si preferís de la *Semana Santa Torrentina* que, con el sólo y doloroso paréntesis de la guerra, ha llegado hasta nosotros, inalterada en su profunda identidad, aunque en constante dinamismo de crecimiento y de superación. Y hablando de dinamismo y de superación, no deja de llamar la atención que dicho dinamismo, interrumpido bruscamente a partir de 1955 –existían para entonces *once* de la *dieciocho* Hermandades que hoy se cuentan–, se haya retomado con fuerza a partir de 1989, creándose desde entonces nada menos que *siete*, incluidas las tres de reciente fundación.

Madre del Amor, Madre del Dolor

Pero volviendo de nuevo al tema central de esta charla centrada en la figura de la Virgen Dolorosa que acompaña y preside el cortejo fúnebre del *Viernes Santo*, vamos a profundizar, a reflexionar, aunque sea brevemente sobre el sentido cristiano del dolor que es, de alguna manera, lo mismo que decir el sentido *pascual*, el sentido de *nueva vida*, que encierra en sí mismo la *Pasión* de Cristo que se

conmemora de modo particular desde el *Domingo de Ramos* hasta el *Sábado de Gloria*.

El dolor por el dolor no es cristiano. Las palabras de Cristo: “*Padre, si es posible pase de mí este cáliz*”, son la sentida súplica del Hombre-Dios que en los umbrales de su pasión anhela encontrar en la oración sentido a su sufrimiento. Cristo no goza sufriendo, y si acaba aceptando con serenidad el sufrimiento es porque descubre – no sin angustia ni sin dolor– que sólo sin renunciar a él se puede alcanzar la madurez de la propia identidad humana.

Creado a imagen y semejanza del *Dios-Amor*, el hombre es germinalmente un *proyecto de amor*. Sólo madurando en amor, sólo creciendo en sentimiento, se va personalizando y humanizando.

Dicho proyecto de amor implica, por su propia naturaleza, una *aventura* hacia el mundo de los demás, un *salir*, cual peregrino, *de la propia tierra*, del propio “yo”, para descubrir junto a los otros una *nueva tierra* y resucitar con ellos a una nueva realidad. Pero encuentra su más fuerte y seria oposición en el hombre mismo. Éste en su libertad, siente constantemente la tentación de convertir la aventura –arriesgada, pero ilusionante– que supone el *viaje hacia el otro* y el encuentro con él a mitad de camino, en un mero *dar vueltas en torno a sí mismo*.

Siendo fuerte para aceptar con gallardía y reciedumbre de ánimo las dificultades, contratiempos y sufrimientos que conlleva su pasión, Cristo ofrece al hombre una gran *lección de vida*. Le muestra, con su propio ejemplo, que el *camino de la felicidad*, de la plena realización humana –que no es otro que el *camino del amor*– sólo puede recorrerse en la medida que se es fuerte para asumir con

gozosa libertad y serena alegría el sufrimiento que supone el renunciar al *egocentrismo*. No se puede amar sin salir de uno mismo. La *capacidad de amor* guarda relación directa con la *capacidad de fortaleza* que se necesita para decirse “no” a uno mismo. El que no es capaz de morir a sí mismo –*como hace el grano de trigo*– no descubrirá nunca el gozoso sentido de la propia razón de ser.

El dolor es cristiano en la medida que nace del amor y se orienta a madurar –por el amor mismo– la propia identidad humana: *Ya pudiera dejarme quemar vivo* –exclama Pablo en el paroxismo de su canto a lo más profundo del sentimiento humano–, *si no tengo amor, de nada me sirve*.

Cristo se empobrece para enriquecer a los hombres desde su vaciamiento; da la vida, no para quedarse él muerto, sino para recobrarla de nuevo y para que los demás, a través de su generosa y total donación, *tengan vida y la tengan en abundancia*.

Y el dolor de la Madre, como el del Hijo, es también, por esencia, un dolor salvífico, pascual; un dolor que surge del mismo amor misericordioso que siente Dios por la humanidad y se orienta a restituir al hombre la plena capacidad de amor y de felicidad con que fue revestido originalmente como imagen y semejanza de su Creador.

Por todo ello, el dolor de María, como el de Cristo, no es frustrante ni deprimente, antes bien, constituye una bella y patente expresión de amor. Y es precisamente desde esta profunda visión pascual del dolor, desde la que nos acercaremos ahora a la figura de María para adentrarnos en el mensaje que quiere transmitirnos desde la advocación de *Madre Dolorosa*.

Los dolores, siete lecciones de amor

A partir de la visión pascual del dolor, no se puede acentuar más el adjetivo *Dolorosa*, que el sustantivo *Madre*. María sufre voluntariamente porque ama, con amor maternal, a su Hijo y, en él, a todos los hombres, y sus *dolores* –verdaderas *lecciones de amor* en su singularidad– expresan, en su armónica y conjuntada policromía, los variados matices que confieren su sello de verdadera identidad y garantía al amor mismo. En consecuencia, no debiéramos separar nunca las expresiones *Madre del Dolor*, *Madre del Amor*, pues tras la advocación de *Dolorosa* se encuentra presente, de un modo del todo singular y extraordinario, el mensaje del amor, de la *maternidad* de María.

1ª lección: Aceptar la realidad, (querer al otro como es)

En la *profecía de Simeón* María ve claro el futuro de su Hijo. Conoce *su gloria* y *su cruz* y acepta con serenidad la realidad. Ella sabe, como *Madre*, que a los hijos, aunque siempre hay que ayudarles a crecer y a superarse, hay que *quererlos como son* en cada momento de su vida. Y sabe también que es esa la única forma de querer de verdad a toda persona. O se la quiere como es –o se acepta su realidad personal con sus “mases” y sus “menos”– o no se la acaba de querer nunca. Al otro hay que quererlo, no desde el *yo*, sino desde el *tú*. Si no es así, es uno mismo el que acaba queriéndose en el otro, como si de una *reproducción clónica* se tratase.

2ª lección: Afrontar las dificultades

Huyendo a Egipto, María y José, enseñan sobre todo a afrontar con valentía y decisión las dificultades. Como *peregrinos y emigrantes* –como dos *pateros* más, que diríamos hoy en día–, se ponen en camino, dejando atrás todo lo que tenían para salvar a su Hijo. Cuando el amor no es *fuerte* para afrontar los problemas, acaba siendo una pura ilusión y a lo máximo un *bonito sueño* que queda roto brusca y trágicamente al abrir los ojos.

3ª lección: Buscar a los otros

Al perder al Niño, una vez más el matrimonio formado por María y José nos dejan una preciosa lección de amor: la lección de la *búsqueda*.

¡Qué importante es saber buscar!. Hay personas que parece que hubiesen nacido para *ser centro* de todo. Como diría la canción les gustaría ser el niño en el bautizo, la novia en la boda y hasta el muerto en el entierro, con tal de dejar su sello. Y en la vida todos hemos nacido para ser *buscadores* de los demás y para sentir el gozo de *vernos encontrados* por ellos. El amor, entre otras muchas cosas, es *búsqueda*. Y hay momento en la vida en que todos sentimos de manera particular la necesidad de *buscar* o de sentirnos *buscados*.

4ª lección: Hacerse los encontrados

Saliendo al encuentro de Jesús que carga la Cruz, la Madre nos transmite el mensaje de saber *encontrarse* con el otro.

Se trata de una lección muy cercana a la anterior, pero al mismo tiempo complementaria.

De qué serviría *buscar* al otro, sin ser capaces de entablar con él una relación, una vez encontrado.

Hay buscadores que buscan al otro para apropiarse de sus sentimientos y conducirlos a su propio corral. El encuentro supone siempre *sinceridad* y *libertad*. Como el de María que se hace la encontradiza con su hijo, entabla una relación cordial en medio de la calle, trasmitiéndole toda la fuerza de su cariño y compasión, pero dejándole el paso libre para que siga su camino.

5ª lección: Permanecer de pie

Con su *permanecer de pie* junto a la Cruz, el dolor de María se torna testimonio de *presencia*, de no huir ni tirarse atrás ante la dificultad.

La presencia junto a la persona que se quiere es, sin duda, una de las manifestaciones más claras de *amor incondicional*. El permanecer junto al que se quiere cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades y cuando todos tienden a abandonarle, es una clara prueba de que se quiere a la persona por lo que en realidad *es*, y no, por lo que ha podido representar en un determinado momento.

6ª lección: Acoger con ternura

La *Piedad* –ese cuadro de María acogiendo en su regazo al Hijo muerto, que tan maravillosamente supo plasmar en el mármol Miguel Ángel– habla sobre todo de *acogida y ternura*.

¡Qué importante es *hacer el bien*, pero *hacerlo*, al mismo tiempo, *bien!*. Un gran regalo hecho con brusquedad produce rechazo, un pequeño detalle, realizado con ternura, conquista el corazón.

En la vida no basta con querer a los demás, es imprescindible que ellos se sientan queridos por uno.

7ª lección: Creer y esperar siempre en la resurrección

Es ésta la lección del séptimo dolor, de ese dolor que sufre la *Madre* cuando deja a su Hijo en el sepulcro; de ese dolor que la piedad popular denominó siempre la *Soledad*; de ese dolor que, de manera particular, hace presente la Virgen que acompaña el Santo Entierro el Viernes Santo y que de alguna manera hacen recordar las *vestas* de su paso, quienes a pesar de pertenecer a la actual *Hermandad de la Virgen de los Dolores*, lucen en sus capuchas un *corazón traspasado por una sola espada*, queriendo rememorar quizá con ello, además, la antiquísima Cofradía torrentina consagrada a la *Virgen de la Soledad*.

Es el séptimo, el dolor de la *esperanza*, de la fe ciega en que toda persona puede seguir creciendo y madurando.

María no corrió al sepulcro la mañana de Pascua, porque en su *soledad*, siempre sintió *vivo* a su Hijo

El corazón de quien no cree que las personas pueden cambiar, y no espera ya en un mañana mejor, está endurecido para el amor. La fe y la esperanza sin amor, no sirven para nada; pero no existe amor, sin fe y esperanza.

Concluyendo

Y bien, hasta aquí. La Madre del Dolor, nos deja especialmente en Semana Santa, una gran lección a través de esos siete matices que forman como el gran *arco-iris del amor* y que expresados con siete palabras son: *aceptación, fortaleza, búsqueda, encuentro, presencia, acogida y esperanza.*

Son, en realidad los mismos matices del amor que trasmite Cristo en su vida y que se hacen presentes de modo particular en la secuencia de la Pasión. En ella, la *aceptación* aparece de modo extraordinario en la *Oración del Huerto*; la *fortaleza*, en el *Juicio ante Pilato*; la *búsqueda*, en la invitación que hace a las *mujeres de Jerusalén*; el *encuentro*, en la persona de la *Verónica*; la *presencia*, en el *Ecce-Homo*; la *acogida*, en el *buen ladrón*, y la *esperanza*, en sus últimas palabras: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*
¡Muchas gracias!.